Año 1952
9 marzo
Foco

51

51

«LA PIEDRA EN EL CAMINO»

ESTA piedra, abandonada en medio de la carretera, bastante, por sí sola, para romper la dirección y las ruedas de nuestro automóvil, es como un dolmen de la insolidaridad nacional. Fué remolcada, con esfuerzo, desde la cuneta o el terraplén cercano, usada para calzar un coche mientras duró la avería y olvidada, más tarde, con desprecio absoluto del viajero siguiente, en cuyo camino sería obstáculo tanto como en el del anterior fuera ayuda. Yo la veo aparecer en ese inesperado zig zag y sé bien cómo amenaza mi vida y la de los que van conmigo.

Una vez sorteada, nos contemplamos recíprocamente cuantos viajamos a bordo, nos felicitamos de haber superado la catástrofe y convenimos en el enorme valor de doloroso síntoma que a tal incidencia corresponde. En seguida, a los pocos metros, nos detenemos, y, con un bienhumorado ritual, lanzamos sobre la verde botánica del ribazo la treintena de kilos de materia inorgánica que pudo inferirnos un serio percance. Alguien de entre nosotros dice ahora —no sé si con más tino que pedantería—que aquello es hacer patria.

Un instante nos reímos de ese suficientísimo aserto, pero sus raíces nos muerden y acabamos por darle, sin reservas, la razón que se merece. Al fin y al cabo, ¿por qué negarlo?, la Patria se hace y deshace a diario en esas pequeñeces, en esos menudos gestos de interdependencia o de anarquismo. El español propende a crearse solo, sin abuelos y sin nietos, en el centro del camino real. Se sirve de las cosas como si él fuera el único usufructuario de ellas, sin gratitud para el que las puso en sus manos ni cuidado ninguno para el que haya de emplearlas al siguiente día. De resultar practicable un inventario del herramental ibérico, nos quedaríamos abochornados de ver la parte de él que la insolidaridad, unas veces, y el abandono, otras, ha hecho inservible.

El listín de las cosas "que no funcionan" por incuria, por falta de la debida vigilancia, es siempre, en una instalación cualquiera, frondosísimo. No importa nada "el que viene detrás", al que el dicho popular le hace, con notorio desgarro, una recomendación poco galante para que se atempere a ella. Y así, "el que viene detrás" ha de luchar con el desenfado del que le antecedió y fracasar como usuario de cualquiera de esos mínimos resortes en cuya puesta a punto se apoyan las mil modestas, pero gratas, comodidades de la vida cotidiana.

Todo cuanto necesita lubrificación—y empleo ese término no en un sentido estricto, sino metafórico—se desvencija o muere al cabo de poco tiempo. El moho gravita, como un segregado de nuestra indiosincrasia, sobre el patrimonio nacional. Volver la vista en torno nuestro hacia el inmediato mundo que nos rodea ha de depararnos siempre oportunidades de sonrojo. (Vagones de ferrocarril, habitaciones de hoteles, aun ayer nacidos y ya hoy destartalados y maltrechos...) Si, en otro orden de valores, hiciéramos un catálogo de la riqueza que destrozó nuestra violencia, quedaríamos absortos. Monasterios, iglesias, conventos... Cuánto tesoro reducido a cenizas...

Y, sin embargo, una nación ha de asentarse siempre, si aspira a permanecer y a progresar, sobre cánones diametralmente opuestos. No sólo espíritu de equipo para la lucha del Madrid contra el Atlético, sino para el goce de cuanto hay sobre nuestro suelo, cuya diligente administración es deber que, de manera inapelable, nos afecta. Y, mientras la marcha hacia la capital se reemprende con el mejor espíritu—la memoria vuelta de nuevo al dolmen orillado por una mezcla de pericia y fortuna—, hay unanimidad en la tripulación del coche para acordar que un buen lema que abanderase esa política, tanto en la circulación rodada como en la entera vida nacional, sería éste: "Limpiad, a los que os sigan, de piedras el camino."

Joaquín CALVO-SOTELO